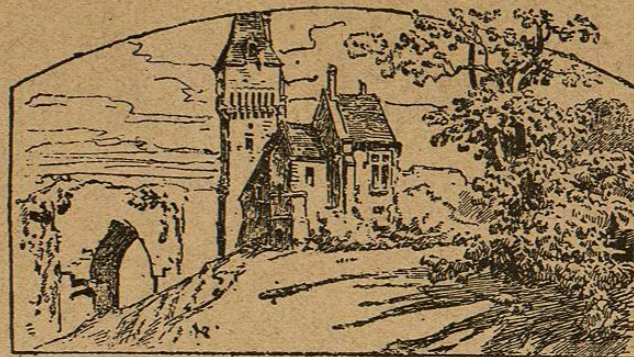


facción á la que se acusa de haber conspirado por la libertad universal?... Es la humanidad entera lo que ellos llaman una facción.»

Vergniaud propuso una gran reunión fraternal, á semejanza de las federaciones del 90, en que jurasen todos morir juntos sobre las ruinas del imperio antes que sacrificar la menor de las conquistas de la libertad. De este modo Francia, esperando la muerte ó la victoria, iría por última vez, toda en masa, á darse las manos. «Momentos augustos, —dijo:—¿cuál es el corazón de hielo que no palpita, el alma fría que entre la aclamación de alegría de todo un pueblo no se eleva al cielo y no se siente ensancharse por el entusiasmo, más allá de los límites de lo humano?» Esta hermosa y religiosa proposición no fué votada. No se compaginaba con la impaciencia guerrera de la Asamblea que ardía en deseos de avanzar.



CAPITULO IV

Destitución del Ministerio Girondino (Mayo-Junio del 92.)

Cómo quería el rey que se hiciese la guerra contra Francia.—Inconsecuencia de Dumouriez, que quiere la Revolución en Bélgica para reprimirla en Francia.—La guerra empieza por una derrota, (28-29 Abril del 92.)—Robespierre triunfa en los Jacobinos, de Brissot y de los partidarios de la guerra, (30 de Abril del 92.)—La Gironda hace licenciar la guardia del rey (29 de Mayo)—La Gironda acusada por Robespierre.—Hace que se decrete un campamento de veinte mil hombres en París y medidas contra los curas refractarios (27 de Mayo)—Violencia de los realistas y de los Fuldenses.—Carta de Roland al rey, (12 de Junio.)—Los ministros girondinos son destituidos (13 de Junio)

El rey, al que los Jacobinos acusaban de que quería la guerra, había hecho todo lo posible para evitarla. Aun en el caso más favorable, siempre habían de ser para él funestos los resultados. Una victoria de Lafayette ó de cualquier otro general no habrían realzado al trono más que para ponerlo bajo la tutela de aquellos. Una derrota exasperaría á París, haría que se acusase al rey y lanzaría las turbas contra las Tullerías. Y si, por un imposible no sucedía así, ¿quién triunfaría? ¿quién vendría? Monsieur y la emigración, el futuro regente de Francia, ¿aquél á quien Rusia había enviado ya embajadores? La reina en particular debía temerlo todo; sabía perfectamente que era odiada, que en Coblenza le habían escrito coplas, que Monsieur era su enemigo y que el conde de Artois se hallaba dominado por el suyo, Calonne. Si los príncipes volvían vencedores, el resultado hubiera podido ser muy bien no liberar á la reina, si no al contrario, procesarla y encerrarla; con frecuencia se había hablado de ello; Monsieur hubiera satisfecho así su antiguo odio personal y el de la nación.

Por ello, aunque Luis XVI tuviese en Viena su agente Breteuil y la reina mantuviese correspondencia con Bruselas por conducto del antiguo embajador de su familia, Mr. Merci d'Argenteau, creyeron que debían enviar un agente especial al gabinete austriaco para entenderse con él respecto á la manera como convenía que se hiciera la guerra á

Francia. Se trataba de conseguir que Austria no obrase por sí sola, lo cual hubiera confirmado la acusación ordinaria contra una reina austriaca, sino de que Austria y Prusia, de acuerdo con las otras potencias en un manifiesto común dirigido contra la secta antisocial, en nombre de la sociedad, consiguieran que hacían *la guerra á los Jacobinos* y no á la nación, declarando á la Asamblea y á todas las autoridades que las hacían responsables de todo atentado contra la familia real, ofreciendo tratar, pero únicamente con el rey. Era preciso, sobre todo, recomendar á los emigrados de parte del rey, que se fiasen de él y de las cortes contratantes, que figurasen como partes en el debate y no como árbitros y que no se convirtieran, por la irritación que causaría su presencia en motivo de guerra civil.

Estas instrucciones, redactadas sin duda por los Fuldenses, á los que la corte consultaba todavía, fueron confiadas á un joven ginebrino, Mallet Dupan, entusiasta por el rey, de mucho talento é ingenio. Habló con mucho ardor, con el calor y el corazón de un hombre enternecido por las desgracias de la familia real, y salió victorioso en su empresa. Consiguió de los negociadores reunidos de Austria y Prusia lo que parecía muy difícil, que los emigrados, los que habían sacrificado su patria, su fortuna y su existencia á la causa de la monarquía, no fuesen empleados por ella; al menos, que fuesen divididos en varios cuerpos, empleados aparte y, cosa intolerable para aquella orgullosa nobleza, colocados en segunda fila. Era solemne declaración de la desconfianza que parecía tener el rey en sus más ardientes servidores.

Se fiaba de los alemanes, de los austriacos, de los prusianos y no de los franceses de su nobleza. ¿Era esto político? Si la invasión hubiera tenido los emigrados en la vanguardia, hubiera podido pasar como francesa, y Francia podía decir, después de todo, que era vencida por Francia. Aquellos franceses, aunque fuesen aristócratas, si continuaban juntos, si constituían un ejército en el seno del ejército enemigo, le vigilaban y le impedían que conservase lo que tomaba. El extranjero debía mirar con buenos ojos los planes de Luis XVI para dividir la emigración; era para él, en la invasión, un estorbo, un testigo, un compañero incómodo. Por el contrario, en el plan que se le presentaba en nombre del rey con la Francia noble eliminada y la Francia popular no organizada, el extranjero tenía más facilidades; ningún otro obstáculo probable; el reino estaba abierto á discreción.

¿Cuál era el plan de guerra según la mente del que la preparaba, de Dumouriez? Era, por la Revolución, conquistar un país en revolución los Países Bajos austriacos, apenas reducidos por el emperador, mal sometidos, temblorosos. Dumouriez confiaba á dos viejos generales las dos alas de la batalla, á Luckner para guardar el Franco-Condado y á Rochambeau para guardar Flandes. Unos cuerpos secundarios debían inquietar al Luxemburgo, llamando sobre él toda la atención. Pero de pronto, Lafayette, que mandaba el ejército del centro, descendiendo

rápidamente el Meuse, avanzando de Givet á Namur, apoyándose en un cuerpo de ejército que Rochambeau enviaría de Flandes al mando del general Biron, se apoderaría de Nemur y llegaría á Bruselas, donde la Revolución belga recibiría con los brazos abiertos á su libertador.

Con razón dice Dumouriez que en su plan tenía Lafayette el gran papel; era la vanguardia de la invasión, se llevaba la primera gloria de ella, los primeros resultados inmensos y fáciles; en la situación en que se hallaba Bélgica, tenía la insigne suerte de conquistar un país que quería ser conquistado. En el interior los resultados podían ser decisivos. El general de los Fuldenses, el hombre que el 17 de Julio había ejecutado sus órdenes y por un momento creyó que restauraba el trono á tiros, ¿con qué autoridad no hablaría desde Bruselas á París, recomendando á las facciones el orden y el silencio en nombre de la victoria? ¿A quién se dirigirían los Jacobinos aterrados, para no perecer, sino al ministro hábil, atrevido, que cubierto con el gorro colorado les había dado aquel golpe? Fuldenses, Jacobinos, el pueblo y el rey, contrarrestados los unos por los otros, se hallarían en poder de Dumouriez.

Este plan era ingenioso. Dumouriez, llevado al poder por la Gironda por su triunfo sobre el rey, empleaba el poder que aquella acababa de darle en provecho del rey y de los Fuldenses; en aquel momento, según todas las apariencias, se hubiera vuelto á hacer jacobino, lo bastante para neutralizarlo todo y dominar á los partidos.

En sus Memorias, llenas de ingenio, de artificio, de reticencias y de mentiras, hay, sin embargo, esta sencilla confesión, este rayo de luz: que no se atrevía, por temor al público y á la opinión, á nombrar al Fuldense Lafayette general en jefe, pero que en realidad, una vez en país enemigo, siendo superior en graduación á los oficiales generales que Rochambeau le prestaba, Lafayette mandaría solo y solo tomaría Namur y Bruselas. Añadamos la conclusión que Dumouriez se guarda bien de decir, pero que no es menos cierta: que la victoria de un Fuldense era en Francia infaliblemente la victoria del partido fuldense, con el cual Dumouriez (evitando siempre relacionarse personalmente con él) conspiraba al mismo fin.

A este plan tan bien concebido, le faltaron dos cosas.

La primera, un general. Lafayette, partidario de la guerra defensiva, lo mismo que Rochambeau, no era de ninguna manera, á pesar de su innegable valor, el hombre audaz y aventurero que se había de internar en el país enemigo. Con gran trabajo llevó diez mil hombres á Givet, haciendo una rápida marcha. Pero una vez allí, comprendió que tenía poca gente para tan gran empresa y ya no se movió.

La otra dificultad estaba en que ni Lafayette ni Dumouriez (con todo su jacobinismo y su gorro colorado) estaban verdaderamente dispuestos á agitar la Bélgica por una propaganda atrevida. Era preciso darle valor, animarla, levantarla, sumirla profundamente en la revolución. ¿Quién hubiese hecho esto y quién necesitaba hacerlo? Precisamen-

te los que en Francia querían contener la revolución. La doblez de Dumouriez, su inmoralidad, hacían impotente su genio. La primera condición de su plan era obrar francamente en los Países Bajos, inspirarles de antemano una fe profunda en la sinceridad de Francia, enarbolando muy alta, en aquella guerra, la bandera de la libertad. Lejos de esto, fué una guerra política, preparada, dirigida por un hombre sin fe, que sin embargo no tenía ninguna probabilidad seria de éxito más que en la fe. Explotaba un principio, para que triunfante éste en los Países Bajos, le sirviera para neutralizar el mismo principio en Francia.



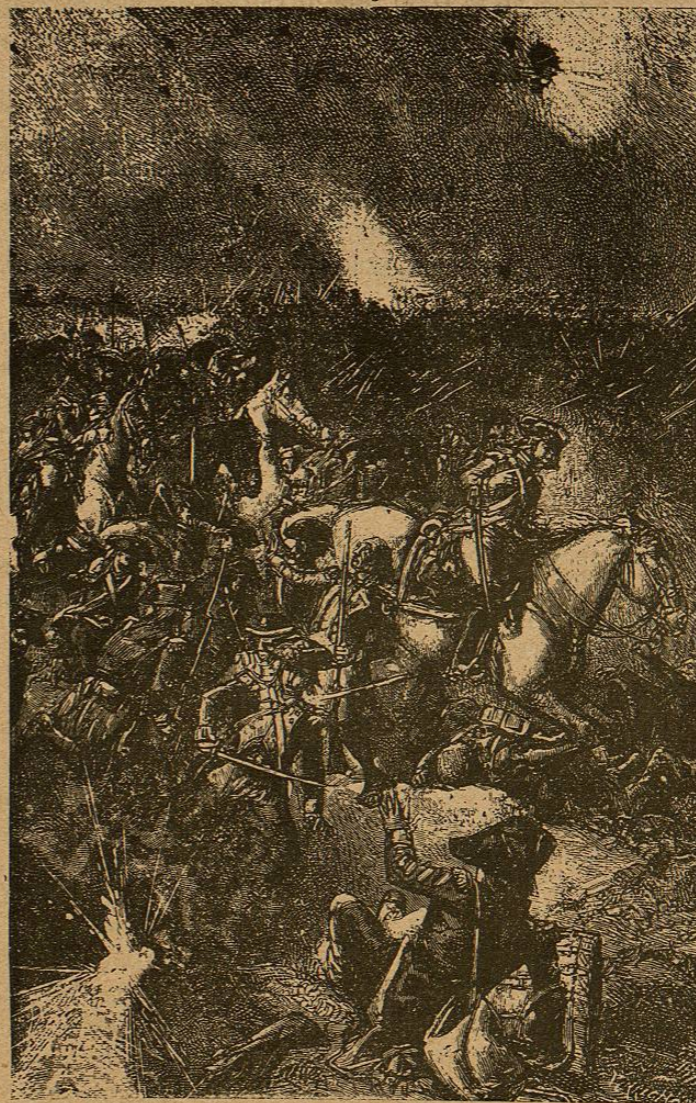
MALLET-DUPAN en la conferencia de Francfort (Pág. 62)

¿Y á quién confiaba la bandera de la Revolución? A aquel que en el Campo de Marte la había arriado del altar de la Patria, arrastrándola por entre charcos de sangre. Aquella bandera que la Gironda quería convertir en su día en bandera de la República, era entregada por un realista á otro realista, por un intrigante á un hombre sin fe, por el hombre falso al hombre incierto, para que se convirtiera en bandera de la monarquía. Combinación extraña é inmoral, que si hubiera podido prevalecer, hubiera sido el triunfo, no de Dumouriez ni de Lafayette, si no de la contrarrevolución y de los enemigos de la Francia.

Desde el principio de la campaña pudo convencerse todo el mundo

del peligro enorme que se corría dirigiendo la guerra los partidarios de la paz.

Dumouriez, el ministro director que gobernaba el ministerio de la



«¡Sálvese el que pueda! ¡Nos han vendido!» (Pág. 66)

guerra por un hombre de su confianza, había conservado por deferencia á la corte todo el antiguo personal de aquel centro.

Aquellos empleados del antiguo régimen no podían demostrar gran celo por el éxito de la cruzada revolucionaria, que en realidad, se hacía

contra sus principios. Su mala voluntad, su apresuramiento en excusarse por la desorganización de los servicios, aumentándolo en caso de necesidad, su mal humor, su negligencia, todo esto brotó sobre el terreno, en el momento más peligroso. Los infortunados voluntarios de la guardia nacional, que, en el rigor del invierno, habían acudido llenos de entusiasmo á guarnecer la frontera, eran abandonados sin socorros de la administración. ¿Quién tenía la culpa? ¿El ministerio de Hacienda? No, los impuestos se cobraban; los millones de la lista civil llegaban siempre á tiempo para pagar á los periodistas de la contrarrevolución, los Suleau y los Royoce. Los voluntarios continuaban sin fusiles. Les ocurrió, durante dos ó tres veces en el momento de entrar en campaña, no tener víveres. Los regimientos de línea tampoco estaban mejor. Todas las reclamaciones eran denegadas, recibidas con insolente desprecio.

Los asentistas eran amigos del enemigo: todos los empleados de la guerra estaban por la paz *á pesar de todo*. El viejo mariscal Rochambeau no quería más guerra que la defensiva. Le mortificaba el que Dumouriez dirigiese todas las órdenes á sus lugartenientes. Las dificultades que presentaba el movimiento de invasión no le desagradaban de ningún modo. Movía la cabeza, se encogía de hombros y no presagiaba nada bueno.

Dumouriez, afectando caballería con la reina y con el rey, como se ve en sus Memorias, no por eso dejaba de estar en relaciones secretas con la casa de Orleans. Necesitaba á toda costa un rey, una corte y las facilidades de disipación que sólo pueden existir en la monarquía. Vea en el joven duque de Chartres una especie de *en cas monárquico*, si caía Luis XVI. Con frecuencia utilizaba los oficiales generales partidarios de aquella casa, como Biron y Valence. Aquella vez, el movimiento del Norte había de iniciarlo Biron, el cual debía reunirse en terreno enemigo con el ejército de Lafayette. El 28 de Abril por la noche, Biron se apoderó de Quiévrain, y se dirigió contra Alons. El 29 por la mañana Theobaldo Dillon se trasladó desde Lille á Tournai. En ambos lados ocurrió lo mismo. La caballería, generalmente aristócrata, especialmente los dragones, en Tournai ante el enemigo, en Alons, sin verle siquiera, empezó á gritar: «¡Sálvese el que pueda! ¡Nos han vendido!» y pasó por encima de los regimientos de infantería, compuestos de voluntarios; estos desbandados, desmoralizados, se declaran en precipitada fuga. De regreso en Lille, furiosos, la emprenden contra sus jefes, acusándolos de que querían entregarlos. Asesinan á Dillon en una granja. El populacho de Lille interviene y ahorca á varios prisioneros.

Percieron tres ó cuatrocientos hombres. Derrota pequeña en sí, grave al principio de una guerra, pero que produjo el buen resultado de aumentar en sumo grado la confianza de nuestros enemigos, hinchándoles con necio orgullo. Los famosos tácticos de Prusia pusieron mayor

confianza en el soldado autómatá y despreciaron aun más el soldado de inspiración. Brunswick decía á los oficiales que compraban caballos para la campaña: «Señores, no os toméis tanta molestia; esto no será más que un paseo militar.» Este paseo quería hacerlo á la alemana, lento, agradable, metódico. En vano le decía Mr. de Bouillé que conocía mejor la situación y el terreno, que todo se echaría á perder si no se hacía un avance atrevido, rápido por la Champagne, directamente sobre París. Brunswick no tenía tanta prisa. Cuentan que el novelesco ministerio de Mr. de Stael le había hecho la extraña proposición de darle, si la quería, la corona de Francia. No parece que él tomase la cosa en serio, pero sin embargo, tal es la debilidad de los hombres, que á pesar de lo extravagante de la idea le turbaba el espíritu. Quería ver en qué iba á quedar aquella gran cuestión de Francia, no todavía madura ni suficientemente embrollada.

Dumouriez, con la intrepidez y el descaro que brilla constantemente en sus Memorias, da á entender que la Gironda que había empujado á la guerra con un desesperado esfuerzo, fué precisamente la fautora de la derrota. No lo dice en estos términos, pero lo da entender implícitamente al hacer estas afirmaciones: 1.^a, hubo complot; 2.^a, la Gironda estaba interesada en él. Este último punto es contestable, inadmisibile. Los abogados de la guerra, que tantas veces habían respondido del buen éxito y de la victoria, recibieron de lleno en la mejilla el golpe del primer revés.

Fué en la noche del 30 de Abril, en el momento en que circuló por París la carta que anunciaba el desastre del 28. Brissot que hasta entonces había luchado en los Jacobinos contra Robespierre, fué definitivamente aplastado por éste.

Entre ellos, y por mediación de Petion, se había establecido una paz bastante equívoca. La noche del 30, creyendo Robespierre que por efecto de la gran noticia los Girondinos estaban en tierra, los ataca con un furor, un clamoreo y una gesticulación que no eran naturales en él. Sostuvo que ellos habían falsificado en sus diarios la información de los últimos debates terminados por la pacificación. Les reprochó especialmente que hubiesen dicho que Marat le proponía para tribuno. En realidad, Marat no había dicho expresamente semejante cosa, sino que, en un número, hacía notar la necesidad de un tribuno; en otro designaba á Robespierre, alabándole como el más digno (después de él, sin duda alguna). Los Girondinos sacaban la consecuencia que todo el mundo había de ver en ellos que Marat indicaba implícitamente para tribuno ó á Robespierre ó á Marat.

Las tribunas, muy excitadas aquella noche, llenas de mujeres fanáticas, pesaban sobre los Jacobinos y por momentos intervenían con gritos apasionados. Franciscanos muy ardientes, Legendre, Merlin, Freron, Tallien, habían acudido para arastrar la masa de los indecisos. Brissot y Guadet no podían abandonar la Asamblea en aquel momento.